

Los descendientes de Cacho

Como ya les conté otras veces, yo soy el nieto del *amargo* de Cacho el zapatero, el que vive en el conventillo de Magallanes, el que queda entre Alvar Núñez y Garibaldi, en pleno barrio de La Boca. Todos sus descendientes vivimos ahí: mamá y yo, Ricardo —el primogénito, hermano de mamá— con su *jermu* de turno; Sofía —la otra hermana de mamá— junto al Coco, su *choma* que labura en la curtiembre; y por supuesto, la abuela. Y como si fuéramos pocos, dos perros cirujas, tres gatos piojosos que siempre se quieren *manducar* al canario, que no dice ni pío para pasar inadvertido. El nono tiene la zapatería justo enfrente. No es por casualidad: es por necesidad. Ninguno de nuestra *parentela* tiene un *mango* partido al medio, nadie tiene dónde caerse muerto y la dignidad, para nosotros, ya pasó de moda. Porque no importa el cómo ni el dónde, pero de alguna manera hay que *morfar*.

Todas las calles por donde vivo tienen nombres de navegantes, colonizadores, militares y exploradores —según me enseñaron en el *cole*— y, aunque no estoy acomplejado, debo decir con vergüenza que soy el hijo bastardo de la dinastía de Cacho, el viejo *caracúllico*. Porque a decir verdad, cuando uno tiene mala racha, tiene mala racha. Podría haber nacido de otra madre y, por supuesto, con otro abuelo. Uno mejor, o al menos uno más *careta*, como el del *gringo* Pablito González, mi *compa* de segundo grado, que viene de una familia *pituca*: los González Díaz. Yo, en cambio, al no tener papá, heredé el apellido de mi vieja: Rizzo. O sea, el apellido del viejo *garca*. Y encima me pusieron Ignacio, por culpa de la *chiflada* de mi abuela, que es devota de un tal San Ignacio de Loyola. Resumiendo: mi nombre completo es Ignacio Rizzo, así como lo oyen. Pero como se deben imaginar, ninguno de los descendientes se dio cuenta de que me iban a llamar por el diminutivo

“Nacho”. O sea, todos —los que me quieren bien y los que me quieren joder— me dicen Nacho Rizzo. Y la *cachada* inevitable de ponerle *chimichurri* al “Chorizzo” me pega y me va a seguir pegando por siempre en los *gobelinos*.

Ni mis tíos ni mis abuelos me regalaron juguetes en los *cumples*. A lo sumo, un calzoncillo o un pañuelo, ya que a mi abuelo le da asco verme con los mocos colgando. Una vez el viejo *choto* me regaló un martillo más viejo que él —seguro lo había encontrado tirado en la zanja— pero bueno... el chavón vino con el cuento de que me iba a servir para cuando creciera y me hiciera cargo de la zapatería de enfrente. Pero yo sabía que Ricardo era el heredero por la línea de sucesión y de sangre, aunque para toda la familia el tío Ricky era un malandrín: el monumento al fiaca, haciendo facha todo el tiempo con la guita que le curraba al Cacho en la zapatería. La vez del martillo, raro en él, el *quia* me cruzó de la mano un feriado, abrió la zapatería especialmente para mí, me hizo sentar en el banco de trabajo y me explicó con lujo de detalles cómo hacía para cambiarle la media suela a los *tamangos* rotos que le mandaban los vecinos para arreglar. Ese día me sentí importante. Sentí, con orgullo, el apellido Rizzo. Sentí que no era un estorbo para él, a pesar de los desprecios que le hacía —todos los santos días— a mamá por haberme *parido* soltera. Supe que yo era un fruto importante de ese árbol genealógico. Pero, sobre todo, supe que, en el fondo —muy en el fondo— el abuelo Cacho me quería.

La semana pasada, la maestra me mandó a la dirección, y la directora me *chamulló* con que debía hablar con urgencia con mamá. Yo no quería. Lo tenía claro: ella me lo había advertido mil veces, que si tenía que ir a la escuela por mi conducta en clase me iba a dar la *biaba* de mi vida. Ella no podía faltar a su *laburo*. Yo sabía que, cuando perdía algún lápiz o alguna goma, se lo

tenía que *afanar* a Pablito, el nieto de los González Díaz. Pero eso no era pecado, no estaba mal, no era tan importante como para que tuvieran que llamar a mi mamá. Ellos tenían plata y nosotros no. Era verdad que yo conversaba en clase, pero no era para tanto. Le supliqué a la maestra que no llamara a mamá, le prometí diez veces que iba a ser un pibe bueno, que no me iba a *trompear* más con nadie, pero ella no me escuchó.

Ese lunes, mamá me vino a buscar y entró furiosa a la dirección. A mí me dejaron sentado en el banco que está en el pasillo. Escuchaba las voces que venían de adentro, pero no podía entender qué estaban diciendo. Solo me daba cuenta de que la directora estaba enojada. ¡Muy enojada! Al terminar la reunión, mamá salió toda colorada, me agarró la mochila, la abrió con bronca y sacó el martillo que me regaló el abuelo Cacho, el que yo tenía escondido entre los útiles para que los *pibes boludos* no me sigan jodiendo con lo de llamarme “ChoRizzo”. Se lo dio a la directora, ella se lo agradeció, nos dimos media vuelta sin saludar. Ya sabía lo que se me venía en casa.